Divagaciones sobre la mujer

Es innegable el encanto y atracción que produce en el hombre la belleza femenina. ¿Por qué pretenderán algunas de ellas destruir este encanto natural, vistiéndose y peinándose como hombres?

¡Pobres cabezas loquitas que pretendéis seducir con excentricidades de la moda! ¿Es que la misión de la mujer es solamente seducir? Será candidez mía, pero no puedo comprender a estas ecuívocas muchachas que se pintan el rostro hasta parecer visibles *clowns* de circo. ¿No ven que el hombre, al dirigirles alguna galantería, en el fondo ha de sentir repugnancia a tanta ficción? Si los labios mienten exteriormente, ¡qué no ha de mentir lo interno, lo oculto: su alma y su corazón! Y lo peor del caso es que además de esta hipocresía, muchas de ellas son superficiales vacías, no preocupándose más que de las costumbres y cosas de los *ases* y *estrellas* de cine o de leer novelas cuyas protagonistas son heroínas histéricas. Cuando veo alguna de estas mujeres *demi-vierges*, casi estoy por dar la razón a los hombres que no ven en la mujer más que un objeto de placer. Pero no, eso no es cierto, existen otra clase de mujeres El hombre que considera a la mujer como un objeto de placer, insulta a su propia madre.

La mujer generalmente en el fondo es un ángel, el único quizá que existe en la tierra, aunque víctima inconsciente de preocupaciones heredadas y de la educación que ha recibido. Ella nos guía en nuestros primeros balbuceos, y en el amor y dulzura de su carácter encontramos consuelo y sostén en nuestros momentos de desfallecimiento en la lucha por la vida.

Así como el hombre tiene cualidades activas, en la mujer las cualidades son pasivas; complementándose, formando los dos sexos un conjunto armonioso. Cuando alguno de los dos sexos pretende apropiarse cualidades del otro, la armonía queda rota, transformándose de complementarios en antagónicos.

Por la razón de que la mujer es el complemento del hombre, ésta ha de tener los mismos derechos que aquél. Por la ley del más fuerte, el hombre se ha arrogado la supremacía sobre la mujer. ¿Por qué este egoísmo suicida? Si uno es el complemento del otro, los dos entre sí han de considerarse iguales delante de la naturaleza, buscando en la cooperación mutua el camino de la felicidad.

Desde la gran guerra se ha visto la ayuda que puede representar la mujer en el futuro, y por eso vemos como en muchas naciones se aprovecha el servicio de las mujeres en el gobierno de los pueblos, en las Universidades y en todas aquellas profesiones liberales que hasta hoy habían sido patrimonio exclusivo del hombre.

El contraste que existe entre las dos mujeres: las que comprenden el valor cívico de la vida y las buscadoras de placeres y banalidades, hace que en mis labios se dibuje una sonrisa de esperanza ante las primeras y una mueca de compasión al contemplar las segundas.

B

Leer libros para encontrar en ellos argumentos en la discusión, es un punto insignificante de la cuestión. Lo importante es aprender a fondo, fortificar las convicciones por el estudio metódico; crearse un ideal completo que abarque el conjunto de la vida, y vivir conforme a este ideal en la medida de sus fuerzas, adaptadas a las posibilidades del ambiente. Estudiad, aprended y no habléis nunca de cosas serias sinó con personas de perfecta sinceridad. Y hay que ser bastante altivos para no malgastar en conversaciones ligeras el tesoro de nuestras convicciones.

E. RECLUS

A la mujer

Según dice el Génesis de la Biblia, Dios hizo a la mujer de la costilla del hombre. No lo dudo, puesto que después de haber transcurrido tantos miles de años, la mujer aún no ha alcanzado a levantarse de la inferioridad en que fué colocada, ya que la primera mujer ni siquiera fué creada independientemente, sinó de la costilla del hombre, es decir, parte integrante de él. Y así continuamos humildes esclavas del hombre, siervas obedientes, sin capacidad de hacer siquiera aquello que más nos interese.

En mis especulaciones reflexivas me he preguntado muchas veces si será cierto que la mujer posee ese algo que nos hace superiores en la naturaleza, ese sentimiento que, teniendo sus raíces en el cerebro, refleja en el corazón la dignidad personal que nos induzca a proclamar nuestros derechos. Se me dirá quizá: ¡pero si no los conoce! A eso yo pregunto: ¿De quién es la culpa? ¿Quién se los da a conocer? ¿Qué educación recibe?

Desde que nace, la madre procura arreglarla lo más posible, fomentándole la presunción al físico, haciendo que todas sus ilusiones estén fijas en el adorno personal, sin ocuparse para nada de su belleza espiritual ni de su nutrición mental. ¿Para qué?, suelen decir; total es mujer y con que sepa leer y escribir, basta. La instrucción es para los hombres. Lo que debe aprender y bien, son los quehaceres domésticos. ¡Cómo si la verdadera instrucción impidiera la enseñanza del hogar! ¡Cómo si la mujer ilustrada fuese menos femenina! Y no para ahí el error. Las madres, víctimas de su vanidad maternal, engendrada por los escasos conocimientos adquiridos, se erigen en censoras y guías de sus hijas, y, en vez de proporcionarles lectura instructiva y amena (caso que les permitan leer); en vez de hacerlas a mano libros que las enseñen a pensar para formar su propia personalidad, lecturas que demuestren las grandezas de la naturaleza y las miserias de la sociedad, verdadero gérmen que formaría la mujer compañera del hombre hoy, y una verdadera madre mañana, sólo le permiten lecturas que inconscientemente atrofian la inteligencia natural de que puede ser dueña, recogiendo y cultivando el gérmen de la hipocresía a que las obligan sus enseñanzas y el ambiente que las rodea, obligándolas a ser juguetillos y frivolidad en sus primeros años, a dejarse adular y festejar por el hombre, pasada la pubertad, y máquina del hogar, después, en donde el hombre es el ser superior, poseyendo toda clase de derechos, desde influir no sólo en sus pensamientos, sinó en sus obras, a la par que fiscalizándole todos sus actos; a veces por creerla incapaz de realizar ninguno por su propio impulso.

De ahí depende el mal, en no rechazar la protección que se nos brinda, en no aspirar a hacernos dueñas de nosotras mismas, aprendiendo a defendernos; pero no con gritos y denuestos, ni crisis nerviosas, tan peligrosas para la buena armonía del hogar, sinó educando nuestra inteligencia, poniéndonos al nivel intelectual del hombre, no conformándonos con lo rudimentario. Debemos familiarizarnos con los grandes pensadores, conocer los grandes artistas; démonos una idea de lo que es la vida, asimismo del organismo humano, engrosemos los centros culturales, y, más que nada, hagamos de nuestro hogar un templo de cultura, aprovechando toda ocasión para recoger los frutos de la ciencia, trasmitiéndolos a nuestros hijos, con lo cual nos elevaremos a la categoría de seres con personalidad propia, creadores de una generación consciente y sana, ya que debido a la negligencia con que ha sido cultivado nuestro cerebro, se hace inferior a lo que es, doblegándonos nuestra ignorancia en la esclavitud milenaria.

No admitamos ya más una admiración estética solamente; procuremos ser mujeres en todo su sentido, no simples maniquíes de la moda; dediquemos más tiempo al adorno intelectual que al físico; seamos, si posible fuese, superiores al hombre, ya que somos más sensibles y no olvidemos que estamos encargadas de formar la conciencia de los hombres del mañana. Por ellos, por nosotras, eduquémonos, laboremos por el bienestar social; la Humanidad nos lo agradecerá

MARÍA DE GRANOLLERS

Boletín Noticiario del Ateneo Obrero Cultural, 1/7/1928, p. 6 / Col·lecció de premsa i butlletins / Arxiu Municipal de Granollers